

de los cuales diez se unieron a los conquistadores para luchar contra los cinco restantes. Es repudiable la destrucción de los grandes monumentos, templos y palacios de aztecas e incas, pero una civilización no consiste tan sólo en sus obras de arte sino, ante todo, en su organización política y social, su derecho y su ética, y en este aspecto poco tenían de ejemplares las grandes civilizaciones precolombinas.

La sociedad azteca era esencialmente tradicionalista, el presente debía someterse al pasado, los jóvenes a los viejos, una de las catorce leyes de Moctezuma consagraba la preeminencia de lo antiguo frente a lo nuevo. El servilismo era una virtud, se predicaba el culto a los jefes y la reverencia supersticiosa ante los sacerdotes. Era una teocracia sanguinaria sin ninguna autoridad moral para condenar la crueldad de los españoles. Sociedad militarista, espartana, la guerra era su principal ocupación y la base de su ética. Los varones, desde la infancia, eran educados para la guerra en una severa disciplina y en una obediencia ciega. La ceremonia de iniciación del adolescente era un rito mágico para el éxito en la guerra. El prestigio del guerrero residía en el número de cautivos que conseguía para sacrificar a los dioses. Los jefes eran elegidos entre los guerreros más fuertes. La muerte en la lucha contra el enemigo abría a los guerreros la puerta de la casa del sol en el cielo. También se practicaba la esclavitud y la parcela de tierra de los legionarios era trabajada por prisioneros de guerra convertidos en esclavos. Sobre la desigualdad esencial de la sociedad azteca queda el testimonio de Diego Durán —*Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*— 1576-1581, un reaccionario español que opone la jerarquía de los indios al igualitarismo de costumbres existente entre sus compatriotas:

En las casas reales y en los templos había lugares y aposentos donde se aposentaban y residían diferentes calidad de personas para que los unos no estuvieran mezclados con los otros, ni se igualasen los de buena sangre con los de baja gente. En las buenas y bien concertadas repúblicas y congregaciones se había de tener gran cuenta y no en el desorden frente a las repúblicas el día de hoy se usa, que apenas se conoce, cual es el caballero y cual el arriero, ni cual el escudero ni cual el marinero. Empero para evitar esta confusión y variedad y para que cada uno fuese conocido, tenían estos indios grandes leyes pragmáticas y ordenanzas.

Se calculan doscientas mil víctimas por año en los sacrificios en honor de los dioses. Bernal Díaz del Castillo decía haber contado ciento ochenta mil en el templo de Tenochtitlán. Las víctimas elegidas entre los jóvenes debían subir las escaleras de los altares donde el sacerdote los apuñalaba y les arrancaba el corazón. Luego los cadáveres eran despedazados y comidos en un banquete ritual. Los santuarios exhalaban un insoportable olor a sangre, y los sacerdotes embadurnados de sangre eran tan siniestros que provocaban el desmayo de los, por cierto, nada tiernos soldados de Cortés.

Todavía en 1883 se produjo entre los indios Pawnee un caso de sacrificio humano un 22 de abril, día del comienzo del quinto período del año azteca, lo cual demuestra el fuerte apego a estos rituales aún después de varios siglos de cristianismo.

Pero el interés de los indigenistas se centra sobre todo en los incas. Los tercermundistas y supuestos izquierdistas, quienes a partir de la Revolución Rusa confunden

socialismo con estatismo, reivindican el imperio incaico como una especie de «socialismo americano» por tratarse de un sistema de propiedad estatal. Fue en realidad un adversario del socialismo —Louis Baudin en *El imperio socialista de los incas*, 1928— el primero en identificar a los incas con el socialismo, en este caso no para exaltar a los incas sino para denigrar al socialismo, y luego Paul Morand en *Aire indio*, 1932, llama al imperio incaico «régimen de marxismo integral».

Entre tanto, ¿qué pensaban los leninistas? En 1929, en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, realizada en Buenos Aires, el peruano José Carlos Mariátegui retoma la línea del VI Congreso de la Internacional Comunista que señalaba la posibilidad de que los pueblos de economía rudimentaria iniciaran directamente una organización económica colectiva sin necesidad de pasar por la etapa capitalista. Mariátegui sostenía:

Nosotros pensamos que entre las poblaciones «detenidas» ninguna como la población indígena incaica presenta condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en una estructura concreta y en un profundo espíritu colectivista, se transforme bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista ¹⁰.

Los tercermundistas enamorados del socialismo incaico se aferran a esta desdichada frase de Mariátegui desconociendo otras tantas en las que matiza esta posición o aun la contradice. En *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, hace varias referencias al *comunismo indígena* en México, Paraguay y Perú, pero aclara que el comunismo incaico era, al mismo tiempo,

teocrático y despótico y que se diferenciaba por eso del comunismo moderno que no podía dejar de ser democrático, y que además la base de una comunidad agraria en el primero, y la civilización industrial en el segundo, eran diametralmente opuestas ¹¹.

En otra ocasión aclaró a raíz del colectivismo agrario indígena que

no implica en el más mínimo grado, deseo romántico y antihistórico de reconstruir o resurgir el socialismo inca, producto de condiciones históricas e irremisiblemente sumergidas en la lejanía del tiempo.

Al criticar la teoría aprista de la *exclusividad indoamericana* afirmaba:

Esto se asemeja mucho a la proclamación de la originalidad del régimen económico ruso en general y del campesino ruso con su comuna, artel, etcétera, en particular contra lo cual tan decididamente se pronunciaba Lenin en su obra *¿De qué herencia renunciamos?*¹²

A Mariátegui le faltó para analizar la verdadera naturaleza del imperio incaico, el concepto de modo de producción asiático tal como lo desarrolló Marx en textos, por ese entonces, completamente desconocidos. Su marxismo como el de todos los de su época era muy incompleto, ya que escritos fundamentales de Marx comenzaron a aparecer sólo en la década del treinta e incluso más tarde. El indigenismo de Mariátegui, por otra parte, se contradice con el «occidentalismo» de otros textos suyos, por lo

¹⁰ José Carlos Mariátegui: *Ideología y política*, Lima, Ediciones Amauta, 1969, p. 68.

¹¹ José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1955, pp. 37, 38, 45 y 56.

¹² *Revista: Dialéctica*, 1946, 17, p. 3. Reproducido en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, Buenos Aires, «Crisis», 1973, p. 133.

que puede decirse que su pensamiento estaba en ciernes, y es difícil predecir su evolución de no haber muerto prematuramente. De todos modos, en el contexto de toda su obra, identifica al indio con el campesino y transforma la cuestión racial en una cuestión agraria, por lo que no es lícito ubicarlo en la línea de los indigenistas.

En medio del clima político enloquecido de los años sesenta surgen algunos movimientos indianistas como el MITKA (Movimiento Indio Tupac Katari) o el MIP (Movimiento Indio Peruano) que se propone el segundo Tawantisuyo, una suerte de «socialismo de inspiración incaica». Con ideas que recuerdan a la negritud, el ideólogo peruano del indianismo, Guillermo Carnero Hoke afirmaba que:

Nuestra razón de ser desde el fondo de los siglos es una razón colectivista.

Y proclama que:

A Occidente lo vamos a derrotar nosotros los indios con las ideas, principios y doctrinas de nuestros abuelos del Tawantisuyo.

Como todo mesianismo, como todo totalitarismo, los indianistas pretenden poseer una nueva concepción del mundo, aunque en este caso se trata de un revival de la antigua religión india:

Al combatir a Occidente le oponemos no su contrario sino un nuevo pensamiento, dice Carnero Hoke y agrega:

Nosotros los indios latinoamericanos no podemos aceptar la moral, la religión, la filosofía y la ciencia occidentales, porque ellas no son justas, ni éticas ni científicas. Nosotros demostramos que el pensamiento de nuestros abuelos del Tawantisuyo es justo, moral, científico y cósmico, es decir, insuperable.

Carnero Hoke resume esta cosmovisión diciendo:

Todo el Cosmos es colectivista; todo está unido, hermano, vinculado entre sí, de modo que todo ser, todo fenómeno, toda cosa, son parientes las unas de las otras, hermanos de un gran todo que procesa de mil formas pero que, al final, concluyen siendo lo mismo en el gran caldo de cultivo de la energía cósmica¹³

El cosmos y la tierra, según la filosofía indiana como en la ideología de la negritud, son entidades colectivas, hay una unidad indivisible entre todos los elementos de la naturaleza, entre el hombre, el sol, la luna, las plantas, los animales. Todo está regido por leyes y principios comunitarios que garantizan la armonía y el equilibrio. Los seres y las cosas en el origen estaban unidos en un ser único, al separarse conservan no obstante una relación esencial, aunque aparentemente estén separados. Esta concepción holista, según la cual la única realidad es la totalidad y el individuo no es más que una parte indiferenciada del todo es similar a la visión organicista de ciertos románticos y, por supuesto a la de los totalitarismos contemporáneos, el fascismo y el estalinismo, que a su vez traen reminiscencias de los despotismos orientales incluido el Imperio Incaico.

¹³ Guillermo Carnero Hoke: ¿Qué es el movimiento indio? Teoría y práctica de la indianidad, «Cuadernos indios», n.º 1, citado por Marie-Chantall Barre: Ideologías indigenistas y movimientos indios, México, Siglo XXI, 1985.